

ha causado una revolución universal en las potencias, en el comercio, industria, leyes, costumbres y gobierno de todas las naciones. Los habitantes de la otra orilla del Océano, y de regiones las más apartadas de nuestros ojos y noticias, se han enlazado desde entonces con los nuestros, apretando cada día más sus vínculos y relaciones, fundadas en sus respectivas necesidades. Estamos viendo que las producciones de los climas situados bajo del Ecuador, se expendien y consumen en los vecinos al Polo. Las artes del Norte, han pasado al Sur, y las manufacturas de Oriente sostienen el lujo de Occidente, y por todas partes han hecho los hombres un trato y comunicación recíproca de opiniones, de leyes, de estilos, manjares, enfermedades, medicinas, vicios y virtudes.

»Sea lo que fuere de las ventajas naturales y políticas que este grande acontecimiento haya traído al hombre, yo me limito á considerarle con ojos puramente *religiosos*; yo veo que la cruz de Jesucristo es ya adorada en todo el mundo, y que hasta los últimos fines de la tierra, ha resonado la voz de los predicadores del Evangelio (1). Que la Iglesia católica se ha amplificado, entrando en su pequeñito rebaño (2) otros inmensos de fieles, traídos de muy lejos (3) y sacados del seno más oscuro de la barbarie y la idolatría, y que el Señor, en cumplimiento de los oráculos de las Escrituras se ha buscado nuevos adoradores, en reemplazo de los hijos de

(1) Psalm. XVIII, 5. In omnem terram exivit sonus eorum, et in fines orbis terræ verba eorum.

(2) Luc., XII, 32.

(3) Isa., LX, 4. Leva in circuitu oculos tuos, et vide: omnes isti congregati, sunt venerunt tibi: filii tui de longe venient.

Capítulo II

Introducción á la Historia

AL prólogo que hemos procurado dar á conocer á nuestros lectores en el capítulo precedente, hace seguir D. Francisco Javier Conde y Oquendo una introducción á la Historia, que es una de las más brillantes páginas de su obra.

Sería mutilar esa *Introducción* pretender dar cuenta de ella en un extracto ó resumen que nos juzgamos incapaces de hacer: preferimos, por lo tanto, darla íntegra, y tal cual la escribió su eminente autor.

Héla aquí:

« INTRODUCCIÓN Á LA HISTORIA

»No ha habido suceso más importante para la especie humana en general, y para los pueblos de Europa en particular, que el descubrimiento del Nuevo Mundo. El

perdición, que peleando contra la Santa Iglesia su Madre (1) soltaron de la boca los pechos más abundantes de la leche racional, y sin dolo de la fe ortodoxa (2). El humo blanco, y el olor de suavidad, que exhalan los nuevos sacrificios, ha subido hasta el trono de la gracia del Dios del poder y la majestad, y los cánticos de alabanza de estos pueblos de adquisición, son oídos en los cielos con sumo agrado, y de tal modo resuena en ellos su armonía, que los llena de nueva gloria, y exalta la de su Señor.

» Bendito y alabado sea para siempre el Dios de Israel y de los cristianos, porque al cabo de millares de años, que casi se pierden en las tinieblas y abismos de los tiempos, se dignó visitar y redimir á la mitad del mundo, y hasta después de muchos siglos que había rayado en ella la luz grande del Evangelio (3), no quiso esclarecer la infinidad de gentes, tribus y naciones que residían en esta otra mitad del orbe, y moraban de asiento sobre las ruinas del pecado y entre las sombras de la muerte (4). Llegó, por último, aquel venturoso momento que el Padre tenía preordinado en su potestad (5), y echó mano de la nación española, linaje escogido, gente santa por su creencia católica, para que, domando el Océano, monstruo feroz y espantoso á todos los siglos, llevase la fe del Redentor al otro lado de los mares; y los americanos, gente salvaje, ciega, bárbara y entregada á la tiranía de Satanás, que se extendía por campos inmensurables y

(1) Cant. 1, 5. Filii Matris me pugnaverunt contra me.

(2) Petr., xxii. Rationabile sine dolo lac concupiscite.

(3) Isa., xcii. Populus, qui ambulabat in tenebris, vidit lucem magnam.

(4) Luc., 1, 79.

(5) Act., 1, 7.

baldíos desde su creación, y había cerca, si no más, de seis mil años, que no eran contados por pueblo humano y sociable, y menos por pueblo de Dios (1); fuesen *por fin pueblo suyo* (2), y consiguiesen los efectos de su misericordia, aquellos que no habían oído pronunciar jamás el nombre del Señor de ellas (3). ¡Oh! ¡y qué admirable ha sido la providencia de Dios en todos sus caminos y pasos; qué inapeables son los juicios de su infinita bondad, y cuán maravillosa es la economía de su gracia en la traza y concatenación de los misterios con que ha obrado nuestra salud en medio de la tierra (4). Sabemos que Jesucristo, el segundo Adán celestial (5), se ligó tan estrechamente en todo y para todo con la segunda Eva, *María*, su madre, que no quiso hacer el primer milagro en las bodas de Caná, ni presentar con él al mundo las credenciales de Mesías, sino á presencia suya y movido de sus ruegos (6). Sabemos que no quiso consumir en la cruz el negocio de la redención del hombre, sino teniendo á su Madre al pié de ella, recibiendo allí sobre su cabeza, gota á gota, los ríos de sangre redentora que derramaba la víctima de su cuerpo en remisión de los pecados del mundo (7). Sabemos que no hizo descender al Espíritu Santo sobre los apóstoles para que incendiasen al mundo con su predicación y anunciaran el Evangelio en cualquier idioma, á toda criatura (8), sino cuando su Ma-

(1) Osseas, 1, 9. Voca nomen ejus: *Non populus meus.*

(2) Apoca., xxi, 3. *Et ipse populus ejus erunt.*

(3) Isa., lxxv, 1. *Ecce ego ad gentem, quæ non invocabat nomen meum*

(4) Psalm. lxxiii, 12.

(5) I Cor., xv, 47.

(6) Joar., ii, 3.

(7) Ibi., xix, 25.

(8) Serry in Exercitat. Histor. et crit. de c. et B. V. Exercit. 63, n. 8.

dre, colocada en medio de ellos, perseveraba en oración (1); esto es, cuando anidada en el Cenáculo, extendía sus dos alas de águila grande (2), no sólo para volar al cielo por medio de la contemplación, sino para abrigar, bajo la sombra y calor de sus alas, á aquellos tiernos pueuelos que acababan de bañarse en la sangre inmaculada del Cordero de Dios, y dispersos luego por los contornos de Jerusalén, no sabían á dónde refugiarse para escapar de la muerte que acababa de dar la sinagoga á su Maestro. Sabemos, finalmente, que no quiso éste retirarse á la diestra de su Padre, ni entrar á su gloria, sino dejando encomendada á su Santísima Madre la recién nacida Iglesia, como quien pone una niña en brazos de su ama de leche, á una huérfana en los de su tuitriz y á un hijo en los brazos de su madre (3). La Señora hizo con todo el cristianismo los dulces oficios de tal; pero principalmente arrimó á ellos los apóstoles, como encargados de la propagación de la fe y del cultivo de esta tierna planta, que brotó en el monte Calvario con el riego de la sangre de su Autor, para que después creciera y fructificara con la de todos sus ministros. María, no sólo los doctrinaba, les infundía consuelo y valor, y á tiempo de su despedida les proveía con su bendición, de dulces afectos y las armas necesarias para pelear las batallas del Señor, sino que después de que cada apóstol había marchado para su destino, tuvo cuidado de acudirles allí en sus mayores conflictos para limpiarles el sudor, enjuagarles las lágrimas y envalentarlos para entrar en nues-

(1) Act., I, 14.

(2) Apoc., XII, 14.

(3) Joan, XIX, 26.

tros combates, asegurándoles el triunfo y poniéndoles delante el laurel y la corona, depositada en sus manos por las de su Hijo.

»Nuestra nación cree que lo hizo así la Santísima Virgen con el apóstol *Santiago*, á quien cupo la predicación de las Españas (1); y apareciéndosele de modo humano á las márgenes del Ebro, le habló, le confortó en su decaimiento de espíritu, y en prendas de su protección, le mandó fabricar un templo que le sirviese de regalo á él y de asilo á los nuevos creyentes. Muchos doctores eclesiásticos creen que también lo hizo así con *San Juan*, en Efeso, el cual la traía siempre á su lado, como á su madre y su tesoro: *Acceptit eam discipulos in sua* (2), y quien sabe lo que haría con *Tomás*, si es cierto que este apóstol fué el encargado de derramar la luz por las Indias Orientales (3). Lo que sí debemos creer, por estar vaticinado en los Cantares, es que esta Señora, con ser la más hermosa entre las mujeres, no dudó asolearse (4) y salir de su domicilio á seguir las huellas del rebaño de su Hijo, que miraba como suyo, hasta dar personal y visiblemente con las cabañas de sus respectivos pastores, para ayudarles á repetir el pasto saludable: *¡O pulcherima inter mulieres, agredere, et abi post vestigia gregum*

(1) Flor., *Histor. sagrada de España* y su contin. Risco., tom. xxx, trat. 36, cap. vi.

(2) Joan, XIX, 27. Vide á Lapide hic citans Synod. Ephes., cap xxvi, in Epist. synodica.

(3) Pruébalo así D. Carlos Sigüenza, en su obra intitulada: *Occidentis Phoenix*, de que hace mención la Bibl. Mex. tom. I, lit. c. n. 675, sobre cuyo asunto manifestaré más adelante mi dictamen.

(4) Cant., I, 5. Nolite me considerare quod fusca sim: quia decolorabit me sol.

et pasce hædos tuos juxta tabernacula Pastorum! (1) Esta cooperación de María á la empresa de la conversión y santificación del universo, reconocen á una los Padres santos cuando la llaman en alta voz *Corredentora* del género humano (2); y San *Cirilo de Alejandría*, apoyando este alto epíteto, llega á saludarla de esta suerte: «Por tí » ¡oh Señora! han anunciado los profetas y predicado los » apóstoles la salud á los gentiles: por tí los idólatras han » conocido al verdadero Dios, y los catecúmenos han re- » cibido el bautismo: por tí se han levantado los prime- » ros templos en donde es adorado y santificado el nom- » bre de Jesucristo, y por tí se ve levantada su cruz en » todo el orbe de la tierra (3).» En efecto, esto es lo que ha pasado en nuestra América. Yo veo que el nombre de Jesucristo se ha predicado aquí juntamente con el de *María*, y nadie me prohíbe pensar que el Señor hizo compañía de glorias con su benditísima Madre, y partió con ella la de *Salvador*, que tenía jurado de no dar á otro alguno (4): y así como nos consta que el Hijo arrojó de la posesión de este mundo al príncipe de las tinieblas (5), y su Madre quebrantó la cabeza á la serpiente antigua (6), así también Jesucristo se consigné, como herencia suya propia, la gente perdida de la casa de Israel su pa-

(1) Ibid., I, 7.

(2) D. Antonin. in sumam pat. IV, tit. 15, c. 44, et passim. Teol. Mariam, ut Peralt. Eguiara, etc.

(3) S. Ciril Alexand., hom. contra Nestor.

(4) Isa., XLVIII, 11.

(5) Joan, XII, 31. Nunc juditium est mundi: nunc princeps hujus mundi ejicietur foras.

(6) Genes., III, 15. Inimicitias ponam inter te, et mulierem, ipsa conteret caput tuum.

tria (1) y las naciones paganas del mundo viejo, y reservó para su Madre la gentilidad del nuevo mundo de los indios, digo, que es su dote y su legítima; esto es, aquel *pueblo honrado* en donde estaba predicho que había de *echar sus raíces* (2) y *plantificar su palacio, fijando su tabernáculo en el monte santo é inclito*; esto es, el de *Tepeyacac*, que es el que se levanta *entre los dos mares del Océano y del Sur*, como se lee en la profecía de Daniel (3).

» Al lleno de este gran designio tomó Dios, desde la eternidad, las medidas convenientes; y dejando aparte las muchas conveniencias dadas en favor de otras porciones del Nuevo Mundo, debemos considerar que envió para la conquista de Nueva España á un hombre cortado por las medidas de tamaña empresa, el cual, trayendo grabados en la más blanda tela del corazón los nombres de *Jesús* y de *María*, sacaría la espada contra todos sus enemigos, con la confianza y denuedo, de que al mismo tiempo sería *espada de Dios* y suya (4), siempre que pelease con ella, como varón fuerte, las batallas del Señor (5), hasta destruir de una vez la idolatría y plantar sobre sus ruinas, no sólo el árbol de la cruz de Jesucristo, sino el estandarte de la imagen de su Madre, y de esta manera viesen su cumplimiento dos vaticinios santos que estaban todavía por cumplir; los unos tocantes á Jesucristo, cual era aquel de los Salmos *de que se*

(1) Math. xv, 24. Non sum missus, nisi ad oves, quæ perierunt domus Israel.

(2) Eccl., xxiv, 16. Et radicavi in populo honorificato.

(3) Dan. xi, 45. Et figet tabernaculum suum *Apadno* inter duo maria, super montem inclitum et sanctum.

(4) Judic., vii, 20. Gladius Domini et Gedeonis.

(5) I Reg., xviii, 17. Esto vir fortis, et præcliare bella Domini.

convertirian al Señor todas las gentes, hasta las que tocan en los fines de la tierra (1); el otro de que entraría Jesucristo en posesión de los términos de toda ella, como límite señalados á su herencia (2); y por último, el de Malaquías, de que en todo lugar, desde donde nace el sol hasta donde se pone, sería engrandecido su santo nombre delante de los gentiles, y que allí se le sacrificaría y le sería ofrecida una oblación incruenta y limpia (3). La otra predicción, que estaba también por cumplir, la predicción perteneciente á su *Santísima Madre*, hecha por ella misma, de que todas las generaciones de Adán la saludarían por bienaventurada. *Beatum me dicent omnes generationes* (4). Ambas profecías se cumplieron á la letra y de lleno, cuando oyeron los indios las primeras misas en América, y cuando se levantaron los primeros altares y se entonaron los primeros cantares á la Virgen *Santa María* en este reino de Nueva España.—Todo aquí debe mirarse como obra de la Providencia Divina y de la religión de don Fernando Cortés, su conquistador, que es y será por todos los siglos venideros el espanto de ambos mundos; porque el cielo, la tierra y los mares, parece que se pusieron de acuerdo con las armas y designios de este héroe español; y á no ser por la certidumbre y proximidad de los hechos, se contaría su venturosa conquista entre las fábulas de la mitología.»

(1) Ps. xxi, 28. Convertentur ad Dominum universi fines terræ.

(2) Ps. ii, 8. Dabo tibi Gentes hæreditatem tuam, et possessionem tuam terminos terræ.

(3) Malach. i, 11. Ah ortu enim solis, usque ad occasum, magnum est Nomen meum in gentibus: et in omni loco sacrificatur: et offertur nomini meo oblatio munda: et c. viii, 7. Ecce ego salvabo populum meum de terra orientis, et de terra occasus solis. Vid. Franc. Ribera, hic.

(4) Luc., i, 48.

Capítulo III

La piedad de Hernán Cortés

EL autor da principio á su obra con un elogio del conquistador de la Nueva España, no tanto por sus hazañas militares, cuanto por su piedad y religión, que disculpan, á su entender, otras proezas que á primera vista tienen visos de injustas y sanguinarias.

Como buen español y extremeño, Cortés fué muy devoto de la Virgen, y en especial de la que con la advocación de *Guadalupe* dominaba en su país. Solícito de gloria y aventuras abandonó los estudios universitarios que emprendido había en Salamanca, y en 1504 se embarcó para las Indias, llegó á Santo Domingo, pasó de allí á Cuba, donde se vió obligado por justicia á casarse con Catalina Juárez, y delegado de Velázquez, como éste lo había sido del Gran Colón, salió á la conquista de la Tierra Firme, y enarbolando su bandera de tafetán negro con una cruz roja y el lema de «Amigos, sigamos á